

Número 12

Año I

El Album

DE MADRID

Semanario ilustrado

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

30-JUNIO-1899



Carmen Calabulg Ortega

Fot. de Amador

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

EL ALBUM DE MADRID

30 DE JUNIO DE 1899

LA DANZA DEL VIENTRE EN EL JARDÍN DE PARÍS

En la barriga de un enorme elefante se baila la danza oriental, misteriosa y lúgubre. Un grupo de espectadores en los asientos rojos, y bajo las lámparas incandescentes; sobre el tablado, seis mujeres de bocas sangrientas como una mordedura, y de ojos sombríos como el narcótico; apenas vestidas con transparentes tejidos de sedas policromas, bailan moviendo los vientres desnudos, morenos, flexibles, como ondas que se inflan y se desinflan, haciendo saltar breloques metálicos que cuelgan de sus cinturas al compás de una música de parches roncós y de violas silbantes, acompañadas de enigmáticos cantos guturales que degeneran en el grito ó se acordan en el himno.

En el huerto de mis fértiles melancolías florecieron versos y adoraciones... Y un sueño de opio me contó esta leyenda de Oriente.

...La inconsútil red de oros crepusculares, prendía sus mallas en la montaña de los sagrados cedros, caía en blandas palpitaciones de gasa sobre las matas olorosas de los nardos y los espesos tapetes de las madrêporas, pincelada de vagos matices, el agua borbollante de las fuentes, se arrastraba como caude de epifanía por los campos silenciosos... Sobre las rosas temblaban los colibríes como flechas de iris, sobre los aleros se destacaban las tor-

caces blancas, y en los lejanos horizontes flotaban los celajes como cabelleras de diosas rubias...

Habló desde su trono el Rey de los inmensos ojos coléricos: «Cierra la puerta de bronce, eunuco, sobre las danzas lascivas del harem; no quiero que lleguen á mis oídos los festivales de la lujuria, no quiero que lleguen á mis narices los olores ardientes de los cuerpos perfumados; no quiero que me llamen los brazos frenéticos; no quiero que los senos de márfil y de ébano sean la copa de mi sed y el reclinatorio de mis fatigas. ¡Esclava brillante y negra! Compañera muda y obediente jarranca de la cítara imperial la más bella armonía de mis recuerdos, resucita el alma de tenuras de la mujer que amé!»

Los dedos ágiles de la esclava recorrieron las cuerdas... y cantó así el alma de la mujer amada:

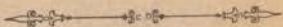
«¡Oh Rey de los hermosos ojos coléricos! la corona brilla como diadema solar en tu frente indomable, tiene tu voz las sonoridades de los sagrados cedros cuando luchan con la tormenta; las pieles que cubren tus espaldas son de leones vencidos por tu brazo; cada uno de tus gestos de inmortal es una tragedia, y cuando hieres la tierra con tus sonantes sandalias y te yergues hasta tocar la cúpula de cristal en donde ruedan y rugen los astros rojos, eres el Devorador glorioso circundado de victorias sangrientas, de exterminios voraces, de anatemas relampagueantes. ¡Así te amo, fuerte como torre de combate, rudo como picacho de granito, igneo como incendio, clamoroso como catástrofe! Soy débil, blanca, rubia, soy una ofrenda de alabastro. Quiero filtrar mis dedos en tu cabellera alborotada como se filtran en la selva las cintas azules de la luna; quiero que la caricia de tus manos me rompa en una armonía cristalina, quiero ofrecerme en holocausto á las llamaradas salvajes de tus ojos; quiero desleirme—Rosa de amor—en la cratera de tu vino, para que te embriague mi espíritu!»



Del harem se escapaba, abrumador, frebicitante el bramido de la carne... El Rey se levantó furioso, furioso como 'venganza bíblica, empuñó su alfanje devastador, rompió la puerta de bronce... ¡Y el grito de la muerte sacudió el palacio!

Y dijo su voz abrumadora: «He vencido al pecado, soy un poeta, puedo elevarme á las formas inmaculadas de la virtud. ¡Esclava brillante y negra! ¡Toma la cítara, arráncale armonías de idilio, resucita el alma de caricias, el alma de ternuras de la mujer que amé!»

JESÚS URUETA.



ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan á las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes, como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales. Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto á los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre humano, á ruido de música, de cuchicheos vagos y de palabras fugaces.

Hé aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados é inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos,

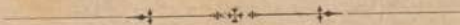
en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquella ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá se alcanza á ver un pié de Cenicienta con zapato oscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida á la última moda de París, con ricas telas de Prá.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen, parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeros irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas; resaltando á veces en el fondo negro y aceitosos de las elegantes Dumas, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas ó de plumas, ó el inflamado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello á la marinera.

En el fondo, los palacios elavan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

RUBÉN DARÍO





BLANCA MATRAS

EN LA LIZA

¿Que luche? Luchando vivo.
¿Que no ceje? ¿Quién desmaya?
¿He de llegar? ¡Pues arríbal!
¿Rodaré al fondo? ¡Que caiga!

.....
Siempre los mismos anhelos
y siempre las mismas ansias,
y el tiempo agostando vidas
y los desengaños almas.
Siempre los mismos afanes
y las mismas esperanzas,
y el tiempo inmutable y frío
deshaciéndolos en lágrimas.

.....
Un poco más, ya vislumbro
el final de la jornada...
y es meta que nadie pisa
y es cumbre que nadie escala.
¡Qué interminable camino!
¡qué áspera senda y qué larga!
No hay trecho sin un abrojo,
ni hay linde sin una zarza.

.....
¿Que luche? Luchando vivo.
¿Que no ceje? ¿Quién desmaya?
Como el acero en el fuego
se templea en la lucha el alma.

.....
Tienes razón, muchas veces
cedo en la fiera batalla,

cuando la duda me hiere
ó el desengaño me mata.
¡Es tan brutal la refriega,
es tan sangrienta y tan larga!
¡La envidia, el desdén y el odio
esgrimen tan bien sus armas!..

.....
Dices bien, dulces consuelos
jamás á mis penas faltan,
pues cuando triste y sin fuerzas
llego al umbral de mi casa,
encuentro, bálsamo santo
que mis heridas restaña,
unos ojos que miran
con indefinibles ansias,
unos labios que me besan
y unos brazos que me aguardan...
¿Que luche? Luchando vivo.
¿Que no ceda? ¿Quién desmaya?..
¿Puedo llegar? Pues ¡arriba!
¿Rodaré al fondo? ¡Que caiga!
Si triunfo ¡cuántos laureles
que poner sobre tus canas!
Si caigo ¡Pobre de mí!..
pero tú no temas nada:
para escudar tu vejez...
¡Dios dará temple á mi alma!

FRANCISCO AQUINO



LA CARIDAD

El bien de la humanidad,
á mi parecer, su funda
en esa virtud fecunda
que se llama caridad.

Quien con santa abnegación
la consagre su existencia,
tendrá paz en la conciencia,
sosiego en el corazón.

¡Feliz quien tender el vuelo
por su extenso campo sabe!
¡La caridad es la llave
que abre las puertas del cielo!

FERNANDO F. FERNÁNDEZ

«Je meurs ou je m'attache.»

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh, mi amada, maligna y hechicera!
Serás, bajo la blanca cabellera,
Una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz, como la onda,
Te llevó tu capricho á mi ribera;
Ya sentí florecer tu primavera
Sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa;
Haz que sus alas, en gentil sonrisa,
El ave roja de tus labios tienda...

Aunque después me hieran tus desvíos,
Acuñaré en tu honor los versos míos
Con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREYRE



ALLENS PERKINS

Las sensaciones de las hojas.

Calma absoluta. El cielo empieza á empañarse con nubes cenicientas, que avanzan como un ejército de figuras extrañas, proyectando en el suelo girones de sombras sobre grandes espacios de luz.

El calor es sofocante abajo. La naturaleza parece reposar en breve siesta, del eterno y fecundante trabajo. En la inmensa llanura no enturbia la pureza de la atmósfera el más perceptible átomo de polvo. La línea del horizonte se marca clara, precisa, en la lejanía, como si el cielo fuese un fanal que limitase la tierra.

El bosque calla. No interrumpe el augusto silencio el más leve movimiento de las hojas. Todo duerme, todo descansa, pero la vida se agita insensible y se transforma en la inconsciencia del letargo.

A las intermitencias de luz y de sombra, sucede un vivo resplandor grisáceo que da intensidad á los colores y les arranca destellos de múltiples tonalidades. Luego esos reflejos se van apagando y la arboleda se tiñe á trechos de negruras indefinibles, que aumentan en la base de las ramas y disminuyen al elevarse á la cima en fantástica gama de notas heterogéneas.

Las hojas de arriba ofrecen á la visual el verde plateado de la plena luz, en tanto que las de abajo se pierden en los sombríos contornos de las ramas, y cuelgan inmóviles como si el sueño las hubiese sorprendido en aquella postura violenta.

Ligerísima ráfaga de aire, como sopro de lo alto, agita de pronto tenuemente el vértice de los árboles. Las hojas que les coronan tiemblan, cual si sus nervios hubiesen recibido débil descarga eléctrica para despertarlas.

La leve conmoción sentida en la cumbre se comunica en gradaciones más pequeñas á la base, y las hojas se mueven como si se desperezasen asombradas sin atreverse á mayores esfuerzos, aguardando nuevos instantes de calma para proseguir soñando.

Una ráfaga más impetuosa de viento cimbrera las ramas y sacude las hojas, que suben y bajan como si se erguiesen en sus lechos de oxígeno para contemplar el importuno que viene á turbar su reposo.

Las hojas de la cima tiemblan en sus tallos y á veces se inclinan unas sobre las otras como si se comunicaran la sospecha de un peligro inminente y cercano.

Luego va descendiendo el terror de rama en rama, de tallo en tallo, de hoja en hoja, y todas se agitan y murmuran débiles quejas que responden á amenazas ocultas en las ondas del aire. Parece que un escalofrío de horror circula por la arboleda, cuyos rumores aumentan en la medida del espanto.

La tempestad asoma á lo lejos entre dos nubes que se acometen con saña. El fuego del combate ilumina á intervalos el espacio. El aire huye del campo de batalla en oleadas que se atropellan buscando refugio en el bosque. En esa carrera vertiginosa tropiezan con los árboles, que al recibir el choque oscilan majestuosos y conmueven hasta las raíces.

Las hojas comienzan á girar, á chocar unas con otras, á azotar las ramas pretendiendo sustraerse al martirio de la prisión, á columpiarse sobre sus tallos en sacudidas epilécticas, sin conseguir romper la flexible cadena que las mantiene adheridas al brote que les dió el ser.

La ira del viento se acrecienta con el obstáculo opuesto á su marcha y penetra por entre las ramas que le reciben á latigazos, besando con frenéticos trasportes á las vírgenes que huyen en apretado haz de ramaje para dejar paso á la fogosa retirada.

El trueno y al rayo cubren de ruidos y luces el bosque. El bosque. El viento ha logrado dominar á las hojas y obtener respuesta á gritos. El y ellas se hablan en frases zumbonas á veces, á veces tiernas, á veces desgarradoras. Deben decirse cosas muy hondas y muy sentidas, porque las hojas ceden y se prestan á ser juguetes del huracán. Tal vez el miedo las ha convencido ó tal vez la certidumbre de su propia impotencia.

El tableteo del trueno impulsa al viento y á las hojas á ceñirse en apretado abrazo y danzar en brusco torbellino, bien girando

rápidos, bien inclinándose en cadencias isócronas á un lado y otro. El apogeo de la tempestad marca el período del vértigo en el baile endiablado del aire y las hojas, que al mismo tiempo entonan cánticos semejantes á desgarres y bufidos extraños.

Aquella bacanal se prolonga como si los nervios fuesen de acero. Los espasmos del placer, los alardes de la pasión se exteriorizan en contorsiones demoniacas, en saltos bruscos, en arranques vehementes.

Poco á poco la tempestad se aleja y el baile decae. El cansancio domina en la arboleda. El viento cede en sus ímpetus, saciados sus deseos y las hojas sienten la laxitud que sigue á la pérdida de energías.

La agitación sigue, sin embargo breves, instantes. Los nervios no pueden recobrar de improviso la tranquilidad. Poco á poco en las ramas bajas, más pronto encalmadas, las hojas comienzan á sentir sólo ligeros estremecimientos, últimos restos de las emociones sufridas. Después únicamente se vé alguna que otra hoja que se mueve con vibraciones muy ténues, mientras todas las demás rendidas de cansancio yacen en sus cunas de éter bañadas por dorados rayos de sol.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ.

SUEÑOS

Antes de verte
te conocía;
no sé bien cómo,
sólo recuerdo,
que con tu imagen antes de verte,
tuve yo un sueño.

Sueño tan dulce,
tan venturoso,
que al disiparse,
con hondo acento
trémulo dije: ¿Por qué, Dios mío,
no es más que un sueño?

Te ví... ¡Qué instante!
no me engañaba;
eras mi ansiado
presentimiento;

eras la dicha que al fin surgía;
eras... mi sueño...

Tu amor fué mío,
los dos logramos
tanta ventura,
que hasta á tu acento,
que hasta á tu lado, yo recordaba
pasar mi sueño.

Cruzaron breves
aquellos días,
raudos cruzaron;
hoy, ya de lejos,
murmuro á solas: ¿Por qué, Dios mío,
fué todo un sueño?

José ALMENDROS.

Ante una lápida

Logra el hombre esculpir en duro marmol
tras leve esfuerzo de constancia y arte.
un epitafio, un nombre y una fecha,
ofrendas de un dolor inconsolable.

Dócell la piedra, al fin se transfigura
al golpe del cincel que la trabaja,
y piensa con el hombre, con él llora,
con él, sumisa, canta,

Yo, en deliquios sublimes de ternura,
con el rudo cincel de mi firmeza,
quise un día grabar en su alma virgen,
amor, ternura, fe, ¡pasión eterna!

¡Inútil batallar! que era más frío
su corazón, que el insensible marmol
en que hoy vierto mis lágrimas leyendo
¡su nombre y su epitafio!

RAMON GIMÉNEZ LAMAR.

GLORIA KELLER





MARIA REGINA

Es una artista verdaderamente española, alegre y original, y en *Varietes* cosechó aplausos numerosos.

Reminiscente

¿Conocéis al fantasma de la línea ondulante y triste? ¿Le habéis visto deslizarse á vuestro lado con pasos fugitivos?

Deidad intangible y reminiscente de los momentos nostálgicos, adquiere forma corpórea, viene á la ciudad y se confunde entre la multitud de la calle.

Unas veces es morena, otras rubia, alta, baja... Pero siempre es la misma: siempre os da idéntica sensación.

Por lo general llega en esas horas vacías, que parece aprovechar el alma para salir del cuerpo y marchar tras de él, tomando el sol, como un sapo aletargado en simple modorra.

Brota cerca de nosotros, entre la gente que anda. Surge, misteriosa y fúgax, como una oscura libélula, que aletea en el hueco de los sentidos, hacia los cuales, instantáneamente, acude aterrorizada el alma, cuya ausencia no habíais notado hasta entonces. Prende en esta el recuerdo momentáneo, no bien definido, de alguna imagen querida, heroína de vieja historia. Pasa veloz y siniestra, con el soplo funeral de las alegrías que fueron, y deja, en fin, como estela de su marcha, la vaga impresión de su rasgo característico, de la línea conocida y dolorosa, que ondula por su cuerpo.

...Fijaos, si no la habéis visto, porque es el fantasma de todos; de todos los que han

vivido unos minutos de dicha sobre pechos amantes.

Y aunque no la sigáis, porque sería inútil, escuchad y oiréis la súbita canción con que os vuelve á la existencia, la triste canción con notas mentales, de las viejas cosas, que pasaron y que aun no han muerto.

Y cuando el encantamiento cese y se restablezcan las funciones gestativas del espíritu, frente á la vida otra vez, no penséis que ha dejado de existir la fantástica visión.

¡Oh! Sabed que no está lejos de vosotros. Va un día, y otro, y siempre; confundida con la multitud, en esa forma tangible, que no consigue tomar durante el sopor de vuestras nostalgias.

Y cuando la ciudad duerme extiende su vuelo hacia el bosque próximo. Allí, bordeando los lagos de plata que forma la luna al filtrarse por el ramaje, cruza entre los negros fantasmas que, en indolente y silenciosa actitud, se sientan al pie de los árboles. Recibe de la brisa los suspiros amantes y los ecos de las risas, de los juramentos y de los besos, que aquella le lleva desde la ciudad.

Y con la esencia sutil de esos restos históricos constrúyese la línea sombría que luce su cuerpo—alto á veces, bajo otras—cuando pasa fugitiva y siniestra, hiriendo las almas con la íntima sensación de olvidadas imágenes.

J. RUIZ-CASTILLO.

Diálogos fantásticos

V NOCHE

El Silencio

¿Existo? Los poetas me han cantado desde que el mundo es mundo. Dicen mis excelencias sus mentes soñadoras, y el mismo Dios me ensalza cuando promete al Alma. En el silencio te hablaré... ¡El Silencio!... ¿Quién soy? El genio de las alas negras, el genio que se cierne sin agitar los aires, el que besa los labios y hace dormir en ellos las palabras... Yo reinaba, reinaba con la Sombra que gozaba mis callados amores: pero un día me arrebató el cetro una hechicera que nació no sé dónde, en el seno del Caos: se llama Vida... Triunfó sin lucha... Antes de dar batallas ya venía en un carro de victoria. Sus brillantes heraldos eran luces, y su cortejo risas... Reía, y á su paso, y á los ecos de su voz argentina, surgían nuevos mundos, vibraban notas nuevas, notas que se enlazaban con ritmo soberano para entonarle un himno. Huí, ocultando el rostro con las alas... Llamé á mi compañera. «Sombra—le dije—ven conmigo: huyamos, busquemos otros mundos... ¡que luces y sonidos profanaron el nuestro!» No respondió. Miré... Trás del carro triunfal de mi enemiga, marchaba mi adorada prestándole homenaje. ¿Te vas?...—gemí—Mi vida ¿me abandonas? ¡Oh Sombra, vuelve á mí! «Ya no me llamo Sombra; la Vida me ha admitido en su cortejo. Me llamo Noche... Adiós...» ¡Huir! ¿A dónde? A buscar otro imperio... Una niña dormía; su profundo reposo me sedujo. «¡Aquí podré reinar!» Plegué las alas y me acerqué á su rostro; pero al rozar su frente con mis labios, tras el suave aleteo de su sangre, percibí los mil ecos diferentes de entrecortada y rara sinfonía. Era el tropel radiante de los Sueños, que danzaba en la loca cabecita, agitando en su danza cascabeles de plata... Alguien dijo al pasar á mi lado: Reina la Noche en el

jardín.» La noche... la que fué mi amiga. Corramos: si ella reina, si no olvidó mi amor, me dará parte en su florido imperio. Héme aquí: Noche, hermosa Noche, de nuevo te encontré.

La Noche

...¿Me buscabas? Aquí estoy: te escuchaba... Aun soy tu amiga; aun podrás á mi lado, algunas veces, hallar morada... Mas no puedo entregarme por completo á tu estéril amor... La Vida nunca duerme, y donde hay vida cesa el Silencio. Escucha. En la Noche se elevan las voces que de día se apagaron; en la Noche entonan sus canciones los humildes... ¡Ah, déjalos cantar! Si con su regocijo ó con sus quejas, vienen á interrumpir nuestros delirios, no dejarán jamás de bendecirte, al obligarte á huir... Y también para mí habrá bendiciones. Escucha...

El Ruiseñor

Cesó el desaliñado concierto de los pájaros, que aturdieron el jardín durante el día: cesaron las vocecillas agudas de los niños: se hizo el Silencio: de él amparado, podré llorar, cantándolas, mis penas. ¡Ah, bendito el Silencio!

La Estrella pálida

Se oscureció el espacio. El tirano que difunde sus rayos con orgullo, anegado en sus luces toda otra luz celeste, huyó: podré en la oscura noche titilar tembladora mi luz débil. ¡Noche bendita!

El Arroyo

Yo sé alegres rapsodias y baladas tristes: saltando entre las guijas arranco de ellas sonos de lira. ¿Quién me escucha en el día? La grandiosa leyenda del Trabajo ensordece á la Tierra con escalas sonantes y robustos arpegios. Duerme el Trabajo; reina el Silencio. Oid, hermanos, mi dulce música. Bendecid al Silencio que os dejará escucharme.

Los Fuegos fátuos

Hay gentes orgullosas, que en el día, analizando nuestra esencia leve, sonrien despreciándonos. ¿Quién temerá al vapor que se

desprende del pantano fangoso? ¿Quién le verá, siquiera? Llegó la Noche: dejemos nuestras húmedas moradas; saltemos á la Tierra; brillemos en el lívido reflejo de lo que ya no existe, y persiguiendo al hombre, á través de los campos solitarios, digámosle, severos, el fin de sus mentidas ilusiones, contándole la historia de aquel cuerpo bellissimo que nos dió vida, de aquel cuerpo que duerme devuelto á las entrañas de su madre, de su madre Tierra. ¡Somos el Desengaño? ¿Quién oyó al desengaño cuando inundaba el Sol los horizontes de su menguada vida? ¡Bendita, oh Noche, que con tu sombra nos has prestado bruñida lona negra, donde trazar con lenguas ondulantes, lenguas de fuego, las palabras solemnes que repiten verdades. ¡Bendita Noche!

Los flores nocturnas

Sí; bendita y bendita la sin igual frescura de tus sombras, la que permite abrir nuestras corolas y exhalar nuestro aroma, el que guía á las pobres mariposas de noche, las de las alas blancas; las

Nuestros grabados

Carmen Calabuig Ortega.—Esta artista valenciana, comenzó los estudios en su ciudad natal y más tarde los continuó en el Conservatorio de Madrid, donde obtuvo siempre los primeros premios. Pasó después á perfeccionarlos á Italia (Milán), pensionada por S. M. la Reina Regente, y bajo la dirección de la célebre artista señora Galetti, y pronto se hizo aplaudir por los públicos de Turín, Génova, Florencia y otros de Italia y Austria. Después vino á

España y siguió cosechando aplausos en el teatro de Parish, donde cantó brillantemente la pasada temporada, *Curro Vargas*, *El clavel rojo* y *La Dolores*.

Gloria Keller.—Hermosura, distinción, gracia... Y todos estos encantos, avalorados por un culto ferviente al arte, hacen que esta distinguida señorita conquiste la admiración de cuantos han tenido la dicha de apreciar sus excepcionales condiciones.

Recientemente ha sido solicitado su curso artístico por una sociedad de conciertos en los Estados Unidos, pero no la ha sido posible aceptar las ventajosas proposiciones.

del cuerpo de plata que no resistirían á los rayos de sol. ¡Bendite seas!

La luciérnaga

Pomposas se ostentaron las flores en el día. Orgullosas las aguas reflejaron el sol, centelleando como infinita sarta de diamantes. Bañada en luz la tierra no me vió. Ahora yo, la pequeña, la despreciada y débil, parezco un astro: ahora mi luz fosforescente y vívida, hace valer sus tonos azulados, prendida entre las sombras; ahora soy el brillante caído en las tinieblas. ¡Oh Noche, benditos tus crespones!

El Amante

¡Como brillan tus ojos en la Noche! ¡Con qué delicia escucho en el Silencio el rumor de tu aliento perfumado! ¡No escuchas tú las músicas que pasan? ¿No ves constelaciones diamantinas que adornan las tinieblas con reflejos de dicha?

La Niña

¡Bendita la Noche! ¡Bendito el Silencio!

G. MARTINEZ SIERRA

Allens Perkins.—En el teatro Español ha alcanzado en varias temporadas señaladas ovaciones. Últimamente en *Cyrano de Bergerac* lució sus envidiables condiciones de actor.

Blanca Matrás.—Esta simpática actriz cuyos méritos han sido en mil ocasiones celebrados por el público madrileño, se halla actualmente á disposición de las empresas.





BERNARDO G. DE CANDAMO

LITERATURA JOVEN

BERNARDO G. DE CANDAMO

Un arte elocuente, profundo, mórbido, febril, doloroso, inco-
nexo, original: ese es el arte de Candamo. Arte novísimo, mo-
dernista, joven.

En sus fragmentarios trabajos se revela un genial artista pro-
fundamente enamorado de la forma, y cuando quiere argumen-
tar nos cuenta historias fantásticas, historias de poetas de almas
envueltas en las nebulosidades y en las brumas de su peculiar li-
teratura. Como todos los artistas, ama locamente la Gloria y
quisiera llegar á la Atalaya sin esperar más tiempo en la ribera
de las sombrías lobreces, inevitable antesala de los recién
llegados.

Tiene un alma grande, pero voluble, como alma de poeta, como
alma de artista.

Siente una adoración inmensa por Verlaine, y un día le ví
embriagado, *cerebralmente*, después de haber leído las soberanas
estrofas del inmortal poeta francés.

Me ha dicho que publicará un libro dentro de poco, titulado
Juventud, esperemos que salga para regocijarnos con él.

PEDRO G. BLANCO.



EL CAMINO

Para Miguel Eduardo Pardo.

Empapada en sangre,
de abrojos cubierta,
bordeando abismos;
poblada de fieras,
de cuyas pupilas
las fosforescencias
como fuegos fatuos
en las sombras tiemblan,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

La noche sus alas
de sombras perpétuas
cual negro sudario
tendió sobre ella.
Los vientos la azotan;
la escarcha la hiela,
y sólo la alumbran rojizos relámpagos
cuyas luces brillan entre las tinieblas,
cual hocas miradas
que despiden pupilas siniestras.

Cataratas de sangre y de llanto
de las altas cimas despeñadas ruedan,
con roncros rumores de agónicos ayes,
hambrientos aullidos y horribles blasfemias.
Simbólicas cruces
en la sombra elevan
sus abiertos brazos,
á los cielos pidiendo clemencia:
y azotando el aire
con sus alas negras,

en torno, los cuervos, graznando gozosos,
en bandadas fatídicas vuelan.

Entre los clamores de la lucha, cantos,
carcajadas y besos resuenan...
Son las hadas madrinas del vicio,
las hermosas y ardientes sirenas,
que cual meretrices, sonriendo impúdicas,
de la noche en las sombras envueltas,
en el atrio de regios alcázares,
al viajero acechan,
y le brindan reposo en el lecho
donde la bacante, desnuda y espléndida,
en los brazos lascivos del sátiro
en espasmo sensual se revuelca
hasta que rendida, jadeante, al beso
del goce saciado, los párpados cierra,

Empapada en llanto
de abrojos cubierta,
llena de cadáveres,
poblada de fieras,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

Un débil viajero
con trémulos pasos camina por ella.
Los vientos le azotan;
le rondan los cuervos, la escarcha lo hiela,
y sus ilusiones y sus esperanzas,
todo lo que al alma nostálgica alegra,
en sangrientos y rotos girones
para siempre deja
del abrupto camino en las zarzas
ó en los brazos de ingratas sirenas.

Pero ni la ronca tempestad le asusta
ni el rugir de las fieras le arredra;
y arrogante, altivo,
cubierto de sangre, con la faz serena,
sin temor asciende,
lanzando á los aires la canción eterna...
¡Por qué ha visto brillar en la cumbre
el fulgor inmortal de una estrella!
.....
¡Ese débil viajero es mi alma
y esa senda tan triste es mi senda!

FRANCISCO VILLAESPESA.

BANVILLE

Para el poeta Villaespesa.

Tiene voz musical; deslumbradores
Forman sus versos mágico tesoro,
Y las princesas cantan en un coro
Viejas historias, evocando amores.

Labios de fuego y ojos vencedores;
Rimas que surgen del cantar sonoro.
Fulgen las joyas, como estrellas de oro,
En un desbordamiento de colores.

Reyes de Oriente y reinas misteriosas
Pasan como ligeras mariposas
Por los jardines del país Encanto.

Y hace brillar el refinado artista
Los rubis, los zafiros, la amatista,
Sobre la regia púrpura del manto.

BERNARDO G. DE CANDAMO



MIGUEL EDUARDO PARDO

MIGUEL EDUARDO PARDO

Es un paladín denodado del progreso; por él ha luchado valientemente en Venezuela y pelea en París.

Artista genial y delicado, sin anémias de decadente, sus frases á lo Díaz Mirón, flagelan como látigos.

Su último libro, *Todo un pueblo*, es digno de la musa mordaz y cáustica de Juvenal.

Hace años, escribió versos, de esos versos que sangran del corazón y se escriben con lágrimas.

En la actualidad, con Gómez Carrillo y Vargas Vila, sostiene con honra el pabellón de nuestra literatura en la capital de Europa.—G. R.

PETALOS

Cuando lo supo el infeliz artista,
dicen que se encontraba iluminando
la más rubia sortija del cabello
sobre la blanca frente del retrato.

Ya trémulo el pincel no obedecía
y fué torpe al perfil su mano incierta;
se le nubló la vista... y al instante
se le mojó de llanto la paleta.

No sabe cuanto tiempo estuvo inmóvil
el infeliz artista, sollozando,
allí, frente á la imágen vaporosa
de la rubia de frente de alabastro.

Más luego que su orgullo se rehizo
ante el fiero dolor que le acosaba,
tomó el pincel, frenético y convulso,
y dió la última luz con una lágrima.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

A propósito de cultura.

Hablabánme días pasados de lo muy *remal* que en punto á cultura están la inmensa mayoría de los artistas y algunos escritores españoles.

Es esta una calamidad nacional como la afición al toreo.

En otras partes se estudia, se trabaja y razona; los escritores franceses y vieneses, son en términos generales cultísimos, como los pintores ingleses y la mayoría de los músicos alemanes.

Aquí, sólo algunos escritores estudian y levantan edificios sobre una base sólida de ilustración; los pintores se preocupan muy poco de cosas que no tengan que ver con su arte, y los músicos (perdónenme las escasas excepciones de la regla), no saben una palabra de nada, como no esté relacionado con sus corcheas y semi-fusas.

Nos sobra el ingenio retozón, meridional, ese ingenio que sobre no dejarnos hacer nada serio, por lo superficial y ligero, no puede tampoco llevarnos á ninguna parte. Pregúntome muchas veces cuales no hubieran sido durante la última guerra nuestro desconsuelo y nuestra rabia, á no habernos desahogado muy cumplidamente inventando juegos de palabras y diciéndoles mil perrerías á los yanquis. Eso sí; mientras nosotros jugábamos del vocablo á sus expensas, ellos jugando con magníficos proyectiles nos pulverizaban «ambas» escuadras. Salta á la vista cual de estas distracciones había de resultar más divertida.

No servimos para otra cosa; eternos *jongleurs* del vocablo, lo pasamos muy bien dentro de casa, enzarzados en tiquis-miquis y tonteras, luciendo (siempre tan oportunos) nuestras gracias latinas, en unos tiempos en que los sajones están sorbiéndose el planeta.

Aquí se vive y se vivirá siempre en perdurable edad de oro, conservando por tradición la vanidad y el orgullo sagrado de la raza» necesidad de aprobación y de dominación» respectivamen-

te, como les ha definido Audiffrent, aunque no nos quede ya sobre qué dominar, ni hagamos cosas que puedan merecer la aprobación de nadie.

Es muy cómodo hacer chistes; para ello no son necesarios estudios previos; basta vivir. Y no importa que por todas partes se eleven altares á la cultura y se considere el estudio, alternando con ejercicios corporales sin llegar á la fatiga, como elemento esencial del *invigorating-cure*, al cual tantas cosas buenas deben los ingleses y otros que no lo son.

El imperio absoluto de la imaginación, emancipada de la inteligencia y sin atender á otras cosas sino á satisfacerse á sí misma, pudo pasar en tiempos en que la razón y la cultura representaban bien poca cosa. Aquellos deliciosos anacronismos de Bles, entre los antiguos maestros flamencos, y las quimeras, vestiglos y pesadillas de Bosch, Huys, Brueghel el viejo, y secuaces en las escuelas neerlandesa antigua y flamenca, que en trípticos y portezuelas de oratorio nos dejaron fiel huella de sus locuras y fantasías, estaban muy bien en el siglo XVI, pero no podrían tolerarse en nuestra época, en la cual los pintores ingleses aun los más atacados de simbolismo (la tendencia que mayores libertades permite hoy) derrochan cultura en sus cuadros, cuyos solos asuntos, revelan ya espíritus atiborrados de nociones de todo género, creadores por plétora. Por eso se llora ante los cuadros de Levy Dhurmer, Shaw, Segantini, Van Hoystema, del holandés Nico Jungmann, ante las esculturas de Goscombe, el creador de la joven escuela inglesa de escultura, ante los escritos del escocés Jan Maclaren; la plétora del artista comunica á la producción un sello de belleza característico, que evoca en nuestra alma un idealismo levantado, ecos sublimes de locura y lágrimas.

¡Cuánto hay que «andar» todavía en nuestro país para que se llegue en él, no ya á producir como ellos producen, sino sencillamente á sentir sus obras con sinceridad!

J. M. LLANAS AGUILANIEDO

ANGELUS

Eran trece los hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados á las luchas del mar. Con ellos iba una mujer; la del patrón.

Los trece, hombres de la costa, tenían el sello característico de la raza vasca; cabeza ancha, perfil aguileño, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran prostituta devoradora de hombres.

El Cantábrico les conocía, ellos conocían las olas y el viento.

La trainera larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba *Arantza* que en vascuence significa espina. Tenía un palo corto, plantado junto á la proa con una vela pequeña...

La tarde era de Otoño, el viento flojo, las olas redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa y la trainera se deslizaba suavemente dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban á la pesca con las redes preparadas, á reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquél momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonzas y plumizas. Por entre sus girones, trozos de un azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba temblando sobre el mar.

Los trece hombres serios é impasibles hablaban poco, la mujer, vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón grave y triste con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, miraba impasible al mar. Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose.. Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, gigantescas ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlatas y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas...

La trainera se encontraba frente á Iciar. El viento era de tierra, húmedo, tibio lleno de olores de monte, la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar y luego las campanadas del Angelus se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo y todos rezaron graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondeadas olas.

Cuando empezó á hacerse de noche, el viento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire y la trainera se hundió en la sombra dejando una es-

tela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en el peligro y avezados á las luchas del mar.

Pío BAROJA

ADVERTENCIAS

En el próximo número se publicará una pantomima del Sr. Gómez Carrillo, titulada *Pierrot celoso*, con magníficas ilustraciones, del originalísimo y distinguido artista portugués Leal da Cámara, quien se encarga de la sección artística de nuestra publicación.

Rogamos á los Sres. Corresponsales se sirvan liquidar sus cuentas antes del próximo número, para regularizar la marcha de esta Administración.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID,
VILLANUEVA. 17